



(1)

Historia política de las corridas de toros

Para muchos, la anunciada e inexistente huelga de los toreros, que alborotó los comienzos de esta curiosa temporada 1972, no habrá tenido otro significado que el de la mera anécdota: un poco de colorido en el tenso ambiente laboral de los tiempos que corren. Sin embargo, el nuevo estilo de los toreros actuales, su repentino vigor asoclativo, su definitorio y definitivo profesionalismo, viene a cerrar el proceso que se inició con la génesis de las nuevas corridas de toros hace más de dos siglos.

Ocurrió entonces que el pueblo —son años en que se fragua la revolución liberal— arrancó el espectáculo del poder de la nobleza, lo moldeó y recreó a su imagen y semejanza durante todo el siglo pasado y se alzó —esto es lo impor-

— en rector y amo de las estructuras de la fiesta. Es interesante estudiar el fenómeno, porque ocurre ahora, en estos últimos años, que el pueblo ha vuelto a perder las riendas del espectáculo, su control económico ha pasado a manos de los «trust» empresariales; la opinión pública no cuenta y los toreros se sostienen en sus puestos gracias a los dictatoriales administradores del espectáculo más que por refrendo de la afición.

Estamos ya lejos del bipartidismo que rigió la competencia taurina iniciada por sevillanos y rondeños; ya no hay líderes como Paquirri —legislador de la corrida del pueblo—, ni jefes de partido como Lagartijo y Frascuelo, Joselito y Belmonte. Asistimos a la fiesta de los tecnócratas, simples empleados de la inmensa maquinaria burocrática y

económica de la fiesta —¿nacional?—.

Es apasionante acercarse al tema de los toros porque sus problemas adquieren una significación que va más allá de lo puramente sectorial. La creación y desenvolvimiento de la fiesta brava, por ser un espectáculo creado por el pueblo y para el pueblo, nos revela en cada época, tras cada anécdota, síntomas cuyo trasfondo sociológico alcanzan por entero a la sociedad española. Ortega y Gasset no elucubró una simple pirueta intelectual cuando dijo: «Afirmo de la manera más taxativa que no puede comprender bien la Historia de España quien no haya construido con rigurosa construcción la historia de las corridas de toros en el sentido estricto del término; no de la fiesta de toros que más o menos vaga-

mente ha existido en la Península desde hace tres milenios, sino de lo que nosotros llamamos actualmente con ese nombre».

Pero estas líneas no apuntan una diana tan alta. Si a describir el devenir de las corridas de toros, señalando al paso de su evolución los paralelismos surgidos entre el espectáculo taurino y la sociedad que lo crea.

A los Borbones no les gusta la jineta

Al margen de las fiestas de toros más o menos inevitables que se producían cuando los toros eran corridos por las calles camino del matadero; a pesar de los juegos rituales que, desde la España pre-

JOSE CARLOS AREVALO

romana, subsisten como fosilizados en los ahistóricos pueblos españoles, pequeños reductos de una inmóvil sociedad rural, los juegos de toros son un ejercicio privativo del caballero, pues la prohibición al pueblo de jugar al toro está sentenciada desde hace siglos en las Leyes de las Partidas promulgadas por Alfonso X, que otorgan a la nobleza el privilegio de acosar y alancear toros.

De cualquier forma, cuando el primer Borbón planta sus reales en España, el toro noble está en plena decadencia. El arte de alancear toros, reglamentado por drásticas normas, como la de matar el toro a pie cuando el caballero es derribado de su montura, con la sola defensa de su espada y del ferrerucllo—prenda premonitrice de la muleta— so pena de deshonor, ha perdido el prestigio que tuvo en el siglo XV. Un degenerado rejoneo afemina y ablanda el espectáculo equino-taurino del XVIII. Afortunadamente para los futuros taurinos, ni a Felipe V ni a sus sucesores les gusta el juego de los toros. Esta circunstancia, y la de su notoria y lógica afición al caballo, harán posible el futuro espectáculo taurino y la desaparición del español modo de montar a la jineta. En efecto, la imposición de la doma a la brida, es decir, a la francesa, resulta incompatible con el toro a caballo y es acatada por la nobleza con una obediencia tan servil como significativa. En la batalla de Villaviciosa, la Caballería española combate por primera vez a la brida, y en los ruedos, pronto a los caballeros no les quedará más que el despeje y unos cuantos carruseles—sin toro, naturalmente—. El Despotismo Ilustrado, como todos los dirigismos, mantuvo un absoluto desprecio a la base. Con respecto a la cría caballera, las cultas élites del XVIII, dejándose llevar por el gregario mimetismo que el naturalismo produjo en la época—algo así como lo que ahora sentimos por la cibernética—destrozaron la ganadería autóctona. Cuenta Sanz Egaña, que un numeroso grupo de aristócratas, militares y jinetes, deslumbrados por las teorías del naturalista Buffon sobre el refrescamiento de sangre, consiguieron los más desatinados cruces. Uno se extraña de que Goya pintase unos caballos tan feos, ventruados, cuellucortos, y de tan cebona estampa. Pero hay que disculpar al genial aragonés: estaba retratando los pesados caballotes alemanes

que el joven Fernando VII importó para culminar el desastre.

Mientras tanto, el toro pervive entre la clandestinidad, la prohibición y la tolerancia. Y hay una silenciosa cesión de papeles entre la nobleza y el pueblo, cuyos primeros momentos Fernando Villalón comenta muy acertadamente en su «Taurofilia racial»: «Se puede decir que la media centuria del XVIII fue una época de desorden y de pura transacción en la fiesta de los toros; la nobleza pugna por abandonar definitivamente los cosos, más todavía se cree directora y dueña de ellos; no cuenta con elementos propios para la práctica del rejón ni de la espada, y mira con prevención al chulo y al cuchillo o verduguillo o a la garrocha como armas plebeyas. Ve aún en los toreros de a pie a sus escuderos y a sus pajes, y en los de a caballo a sus conocedores y garrochistas».

Pero los Borbones prohíben los toros a la sociedad entera, autorizando su práctica a las Reales Maestranzas, antiguas Hermandades de Caballería, renovadas depositarias del privilegio real. En aquella época el pueblo comenzaba a asomarse a las plazas. Pocos eran los asientos—y los peores— que el pueblo adquiría a los asentadores que, a modo de concesionarios, ponían a la venta. El resto estaban ocupados por la nobleza, corporaciones locales y demás personajes oficiales. Al mismo tiempo, entre los criados, mozos de cuadra y conocedores de las Maestranzas se fraguaban las nuevas figuras del toro popular. Ya entonces eran pagados por sus amos para que ejecutaran las suertes más difíciles, como la de matar a pie. Esta cesión del momento cumbre de la corrida institucionalizó, en las primeras décadas del XVIII, el protagonismo popular de la fiesta. Es oportuno observar que la corrida portuguesa no evolucionó hacia el toro a pie y guarda las esencias del toro noble, porque en el país vecino la nobleza jamás dimitió del toro. Incluso los «forçados» son reclutados entre hijos de las mejores familias. Y pertenecer hoy a un grupo de ellos es algo tan aristocrático como ser bogador de la Universidad de Oxford.

Represión, centralismo, regionalismo

Las prohibiciones de las corridas de toros a la sociedad española son varias y variadas. Felipe V, a pesar

de su aversión por el espectáculo, las tolera y sólo logra desinteresarse a la nobleza. Son sus sucesores, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, quienes las prohíben repetidas veces. No deja de ser significativo lo de «repetidas veces», porque evidencia con exactitud las tensiones entre Estado y sociedad durante aquellos años de acomodo mutuo, tanto para el pueblo español como para la dinastía borbónica.

Las distintas represiones taurinas adquieren los más pintorescos matices. A veces los Reyes se contradicen tanto como Carlos III, que después de cerrar todos los cosos de España levanta la veda y hasta consigue del Papa que suprima todas las bulas que pesaban sobre el espectáculo. Fernando VI dicta medidas muy exóticas, como, por



Toreros como Joaquín Rodríguez «Costillares» y José Delgado Guerra «Pepe-Illo»—fundadores de la escuela sevillana— se yerguen en héroes del nuevo rito taurino.



ejemplo, que su retrato presida las corridas de Ronda y bajo él se sitúe un trono vuelto de espaldas al público. Carlos III, muy preocupado por el atuendo de los españoles, exige una determinada posición del sombrero a los espectadores de sol y otra a los de sombra. En fin, Carlos IV, con gran perspicacia, suspende también las corridas para servir en bandeja su restauración a José Bonaparte, que, por cierto, se revela como un gran urbanista no sólo de la Villa de Madrid, sino de los cosos taurinos. La creación del billeteaje y la ordenación del palco público son obra suya y perduran hasta nuestros días.

Quizá el hecho más elocuente de la borbónica fobia taurina sea su feroz centralismo. Fernando VI prohíbe durante cinco años—1754-1759— las corridas en toda España menos en Madrid. Pero la realidad se alza como una sarcástica paradoja contra el legislador, y es precisamente el marqués de la Ensenada su involuntario portavoz al traer a la Corte cuadrillas de todas las regiones de España para que compitan y den variedad al espectáculo.

Es aquella una época en que el nuevo ritual taurino se gesta en todos los rincones del país. No es de extrañar que los orígenes del toro estén vinculados al carácter, idiosincrasia y folklore de cada región (1). El arte de estar frente a la fiera, el estilo que domina el toro de los distintos intérpretes responde a la filiación regional de cada uno. La costumbre aún vigente de anunciar a los debutantes mencionando su lugar de procedencia tiene este lejano origen. Parece ser que las cuadrillas castellanas y los más relevantes diestros valencianos fueron esforzados y artísticos lidiadores. Pero el armazón creador que dio origen al futuro lenguaje del toro, ya independizado de las primeras aportaciones regionales, con una significación válida para todos los públicos e intérpretes de la Península, se basa en gran parte en el toro vasconavarro y, fundamentalmente, en las andaluzas escuelas de Ronda y Sevilla.

Los toreros vasconavarros, encabezados por José Leguregui, destacan en la lanzada de a pie, las banderillas y, en general, en todas las suertes de carácter gimnástico. Es el famoso diestro de Oyarzun (Guipúzcoa), Martín Barcaiztegui «Martíncho», inmortalizado por Goya, quien lleva el toro norteño a sus más altas cimas. También es de señalar su eficaz capeo, que practica,

Historia política de las corridas de toros

como todos los vascos, para la defensa, el dominio de la res y el lucimiento, algo que no se había hecho hasta ellos. El lance a la navarra quizá sea el más descriptivo de la forma de torear que tienen los norteños. Plásticamente parece el giro de un espatadanzari adornado por el vuelo de un capote. En su aspecto técnico está en estrecha relación con el toro que se criaba en Navarra. Era éste de corto espinazo, encampanado y corto de pitones y de rápida y pegajosa bravura, lo que quiere decir que se revolvió pronto, y el torero apenas tenía tiempo para colocarse en su terreno. Por eso, en el lance a la navarra, el lidiador gira sus pies al mismo tiempo que el capote embarca la embestida del toro, para estar, antes de que haya vuelto, en posición de volver a torearle.

A los toreros vasconavarros, muy emparentados aún a los toreros landeses, que desaparecerían al morir la fiesta en el Sur de Francia, se les debe el perfeccionamiento de las banderillas. Y dieron estoqueadores extraordinarios a pie —Martíncho— y también a caballo y a pie —Pascual Zarcondegui, José Leguregui, Babil Lozen, todos ellos de Pamplona—. Ya más tarde, en pleno auge del toreo andaluz, Mazantini y Eguía —de Guipúzcoa—, y Cocherito de Bilbao —de Vizcaya—, las dos máximas figuras del toreo norteño, guardarán las esencias de sus antepasados.

Los toreros vasconavarros siempre fueron cuadrilleros libres, pues la nobleza no monopolizó el juego en el Norte. A la depuración de sus ganaderías bravas —los toros de Guenduláin pueden servir de ejemplo— deben estos diestros su notoriedad en el siglo XVIII. El toro navarro pervivirá en la sangre de Carriquirri durante el pasado siglo. Pero muere con el triunfo del toreo de capa y muleta que necesitaba para dar trayectoria a sus pases del toro andaluz y castellano, más largo y, por lo tanto, más adecuado para la forma de torear que se impuso en el siglo XIX.

Frente al toreo gimnástico de los vasconavarros, que templea la embestida con el cuerpo, como los forçados, que con él le quiebra y le recorta (2), surgen en Andalucía las primeras lecciones de toreo. En Ronda y en Sevilla, al amparo de sus respectivas Maestranzas, los primitivos chulos consiguen independizarse paulatinamente de sus amos. Si es importante que Miguel Canelo consiga ser el primer diestro plebeyo en figurar en los carteles

de la plaza de Sevilla, o que Francisco Romero independice a sus hijos de la tutela de los maestranzales rondeños, o que Juan Rodríguez, tío de «Costillares», se atreva a demandar al Rey sus honorarios por ser jefe de lidia en el coso de Aranjuez durante unas fiestas, lo que apasiona es la terrible competencia que se establece entre dos escuelas que empiezan a sistematizar el futuro lenguaje del toreo: la rondeña y la sevillana.

Son dos escuelas, dos formas opuestas, divergentes de entender el juego. Si el rondeño deja venir al toro para dominarle y matarle en su jurisdicción, el sevillano sabe ir a buscarle para recortarle y adornarse en el encuentro. El toreo rondeño, llevado a su máximo esplendor por Pedro Romero, considera el toreo como una ventaja. La faena más perfecta será la de menos pases, porque demostrará que unos pocos han sido suficientes para dejar al toro listo para la muerte. Lo rondeño es una síntesis total que se complace en el momento supremo y único de toro y torero, situados frente a frente, a la hora de encontrarse en la estocada. A los rondeños se debe la invención de la muleta y una ordenación primera, pero ya coherente de la lidia.

No es extraño que fuese «Costillares», el famoso sevillano, quien inventara la suerte del volapié, es decir, de precipitarse con el estoque, cruzando la muleta, sobre los toros tardos. Este saber ir hacia el toro hace de la escuela sevillana una tauromaquia de adición que encuentra en cada pase, en los recortes, en el adorno, no sólo una forma de hacer más atractiva la lidia, sino nuevos signos de comunicación, a través de los cuales el toreo empieza a conseguir de la lidia una forma personal de expresión.

El espectáculo, para el pueblo, y el negocio, para el burgués

Se mueven los toreros, ya libres, por toda la piel de toro. Reales Maestranzas, Juntas de Hospitales, Corporaciones Locales, primeros gestores económicos de la corrida, pugnan por contratar a los más afamados diestros. Como en el más libre de los mercados, las nuevas figuras plebeyas del toreo tienen alzas y bajas en sus cotizaciones. Toreros como Pedro Romero,

Jerónimo José Cándido, Joaquín Rodríguez «Costillares» y José Delgado «Hillo», se yerguen en héroes del nuevo rito taurino, capaces de representar al pueblo como protagonistas del drama. Con ellos, las castas dominantes pierden su puesto en el ruedo y pasan a ocupar un sitio en el tendido, pues el varilarguero, aunque todavía se contrata aparte y no acate aún la disciplina de las cuadrillas, representa al garruchista, al concedor más que al

antiguo caballero. Entre otras cosas, pronto dejará de ejecutar la suerte suprema, y su arma sólo será la vara de detener.

La toma del poder taurino se asemeja a la revolución liberal, o, por lo menos, a sus consecuencias. El pueblo se constituye en protagonista del espectáculo. Dos factores imprescindibles para toda corrida, coro y héroe, es decir, público y torero monopolizan la acción de la representación taurina. El toreo de a pie, toreo popular, resulta inaceptable para la nobleza. Las reglas que, de forma anárquica, esboza el nuevo toreo, repugnan a la ortodoxia reglamentada del toreo noble. Por el contrario, la comunicación establecida entre torero y pueblo es total. El público, circular masa coral, goza y sufre, aprueba y desaprueba los nuevos lances que el torero inventa ante el toro. Los elementales alardes de Martíncho, la jocosa actuación de un Hilarión de Bengoa, por ejemplo, son tan infantiles, tan pretaurinas, como tremendas. Pero las reglas aparecerán pronto con los andaluces, y el nuevo código creado por el torero será rápidamente digerido, recibido y comentado por el público. El «olé» no es más que eso, un culto, brutal e instantáneo comentario a la inspiración. Y la lidia, un orden ritual, en el que unos deben ser los intérpretes, y otros, los jueces.

Pero si el pueblo protagoniza la acción, el control económico de la corrida caerá en otras manos. Dos nuevos personajes, el ganadero, propietario de la materia prima, y el empresario, administrador del espectáculo, iniciarán su entrada en el tinglado taurino. Ya decía Luis Blanc, primer líder del socialismo europeo, que «una revolución, la del 89, benefició a los labriegos y a la clase media; otra, la de 1830, a los capitalistas; la próxima será en provecho de los obreros». Pero esto en los toros no ocurrirá nunca, porque la evolución de las corridas es parasitaria de la otra historia. Sus protagonistas, lo que hacen es adecuarse, situar el espectáculo de acuerdo con los tiempos; eso sí, con pasmosa exactitud.

La aventura del ganadero, nuevo profesional de la producción, es, quizá, tan apasionante como la del torero, pues genial es la obra que desarrolla en la selección y perfección de los toros de lidia. Los toros de silvestre bravura, que anárquicamente se reproducían y criaban en terrenos propiedad de la nobleza y las órdenes religiosas —detentado-



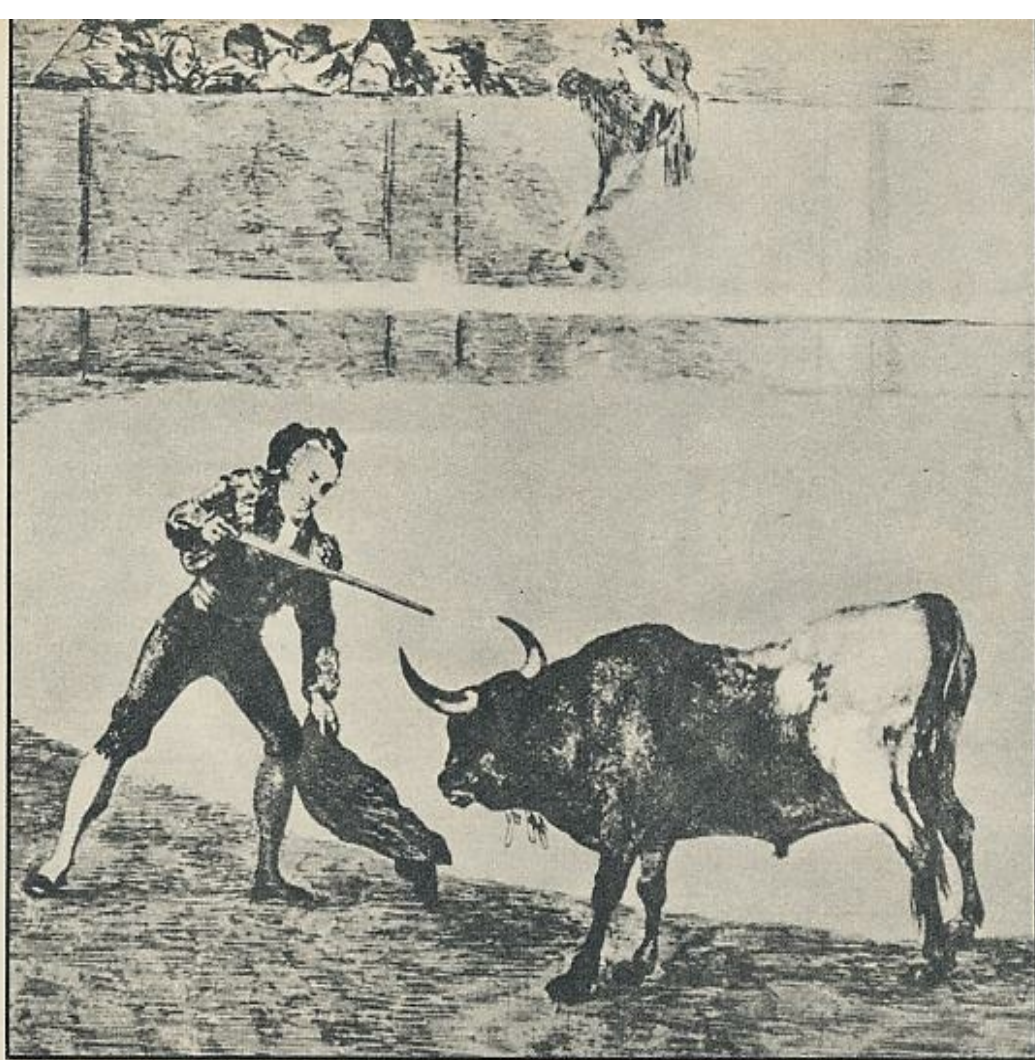
En el siglo XIX, el bipartidismo que configura la vida política española se refleja en la fiesta de los toros. Así hay que entender la competencia entre el espartanismo arcaizante de «Frascuolo» y la creatividad progresista de «Lagartijo».



res de la propiedad, pero no trabajadores de ella—, son adquiridos, a modo de premonitoria desamortización, por el ganadero profesional. Con ellos se introduce, de forma intuitiva y anticipadora, la genética como base de la perfección y desarrollo de las reses. Es de señalar su hazaña, porque toda la fama de los ganaderos ingleses, holandeses y australianos nace de ahí. Y justo es reconocer que operaban con resultados más tangibles, la cantidad y calidad de productos como la leche o la carne. Por el contrario, el ganadero de reses bravas especula en el cruce y la selección —la tienta— con resultados muy imprecisos y misteriosos: la futura bravura de sus ganaderías. La moderna zootecnia universal recibe así esta aportación española, tan insólita como excepcional.

Es de justicia citar al ganadero de Utrera, don José Vicente Vázquez, que forma su ganadería a finales del siglo XVIII. Dicen los cronistas que adquirió toros del marqués de Casa-Ulloa, de Backer, de don José Rafael Cabrera y del conde de Vistahermosa. «En posesión el señor Vázquez de las reses procedentes de diversas ganaderías, le era preciso constituir un tipo único y uniforme, y para ello recurrió al sistema de selección. Esta selección y la consaguinidad hecha con tino, consiguieron, como se consigue siempre, reunir en la descendencia las condiciones más relevantes de todos sus progenitores». En aquella época corría, según asegura el zoólogo Sanz Egaña, una frase que el célebre ganadero espetaba a sus competidores: «Poseo lo que cada uno de vosotros tiene y, además, lo que ninguno de vosotros ha podido reunir». Aunque la simiente ya estaba en manos de los citados ganaderos en las riberas del Guadalquivir. Y en La Mancha, Castilla, Salamanca, Navarra y Aragón, los hermanos Gijón, Manuel Aleas, Antonio Lecumberri, Guendulain, Goyenceta, Amescua, Muñoz Vera, Miranda, Laso, etcétera, controlan con tino los destinos de la sangre brava.

La historia del empresario taurino es más imprecisa. Existe un antecedente lejano, único e insólito en el valenciano don Ascanio Machino, que, en 1612, obtuvo de Felipe III la concesión de los cosos de Valencia durante tres generaciones. El sistema de arrendamiento será secular en la fiesta de los toros. Jamás el empresario taurino ha pasado de ser un aparcerero de las plazas. La propiedad de los cosos ha



Lo que apasiona es la terrible competencia que se establece entre dos escuelas que empiezan a sistematizar el futuro lenguaje del toro: la rondeña y la sevillana. La escuela rondeña, llevada a su máximo esplendor por Pedro Romero (1754-1839), considera el toro como una ventaja. La faena más perfecta será la de menos pases, porque demostrará que unos pocos han sido suficientes para dejar al toro listo para la muerte. Lo rondeño es una síntesis total que se complace en el momento supremo y único de toro y torero, situados frente a frente, a la hora de encontrarse en la estocada. A los rondeños se debe la invención de la muleta y una ordenación primera, pero ya coherente de la lidia. («Pedro Romero matando a toro parado», grabado de Francisco de Goya.)

sido guardada con celo por la Administración hasta nuestros días (3). El carácter benéfico de las corridas sirvió de coartada para pactar con una afición malamente tolerada. Después fue un útil sistema de sanear el erario de hospitales y otras corporaciones locales. Las plazas de providad privada se darán en zonas donde el toro es algo relativamente moderno o en cosos de escasa capacidad.

El sistema contractual entre las entidades propietarias y el empresario fue primero una pura concesión, transformada luego en subasta, que es algo así como la síntesis ritual de la especulación. El empresario es una pieza clave de la corrida de toros popular. De sus manos entra el público en los cosos. Existen datos de aquellos asentadores que obtenían un cupo limitado de entradas para venderlas al público. El empresario fue crecien-

do a la par que evolucionaba el espectáculo y la sociedad que lo configura. Al principio era un simple gestor a las órdenes de la institución propietaria de la plaza. De este empresario artesanal, independiente en lo taurino, pero dependiente en lo empresarial, aficionado e imaginativo, buena muestra es don Indalecio Mosquera. Después, el empresario se liberaría de sus patronos, garantizándoles unos fijos por temporada, y quedaría con las manos libres para organizar la fiesta. Pero el público nada obtendría con este cambio, y tendría que pagar los beneficios de dos empresas en vez de los de una. El devenir del empresario tendrá una evolución lenta, que cambiará parejamente a los cambios económicos del país, hasta llegar a la situación actual de una fiesta dominada por «trusts» empresariales. Pero esto lo veremos más adelante, y también cómo las

estructuras económicas coincidirán con las políticas e impondrán un nuevo tipo de toro.

Los toreros políticos

No son buenos los tiempos del reinado de Fernando VII. El Rey deseado encuentra a su llegada un pueblo que, además de darle graciosamente el trono, ha creado las Cortes de Cádiz y ha ganado la guerra. El resultado es una cruel represión, de la que no se salvan ni las corridas de toros. La conducta del monarca, su falta de criterio político, tendrá ocasión de patentizarse en increíbles saltos de absolutistas a liberales. Parejamente, con las fiestas de toros pasará de prohibir el espectáculo a fundar una escuela de tauromaquia en Sevilla. Para mayor desconcierto de la época, o precisamente por ello,



mis pies
ya no son
problema

de venta
exclusiva en
farmacias



Piedex, es la más moderna y cómoda solución para el problema de sus pies. Piedex, protege eficazmente sus pies contra hongos y microbacterias. Piedex, fortalece los tejidos evitando el reblandecimiento y grietas de la piel. Piedex, posee una eficaz acción refrescante y sedativa. Piedex, regula la transpiración evitando los olores y molestias consiguientes.

Con piedex, sus pies dejarán de ser problema.

con **piedex**
SPRAY Y CREMA

LABORATORIOS BILBO

**SPRAY Y CREMA
SEDATIVO
DESODORANTE**

Historia política de las corridas de toros

en los ruedos hacen su aparición los toreros políticos. Desgraciadamente, los cronistas han querido olvidar estas décadas, por considerar los hechos extrataurinos. En efecto, algo de eso había, porque los toreros no se enfrentan por diferencias de escuela, como ocurrió en la centuria anterior. La rivalidad se establece entre apostólicos y realistas. Pero el hecho es sintomático. Se restaura una rivalidad secular en la fiesta. Los antiguos juegos del toro se concibieron como una rivalidad fronteriza entre moros y cristianos. En el siglo XIX, el bipartidismo ideológico que configura la vida política española, la dramática pugna entre el nuevo y antiguo régimen, tendrá su reflejo en una fiesta que concibe su orden establecido bajo la competencia de dos líderes, que dividirán a la afición en dos grupos de opinión. Curiosamente, estas parejas de toreros complementarios, por lo opuesto de sus estilos, representarán siempre la concepción de lo nuevo y la permanencia de lo antiguo. Así hay que entender la competencia entre la creatividad progresiva de Lagartijo y el espartanismo arcaizante de Frascuelo. Pero los toreros políticos de las primeras décadas son, ante todo, el exponente de un país sensibilizado por la tremenda represión que sucede a las primeras experiencias liberales. Los toreros políticos más representativos serán Juan León y Roque Miranda «Rigores», por los liberales, y Antonio Ruiz «Sombrero», y su hermano Luis, por los absolutistas. Ambos bandos lo pasarán mal cuando en el poder no están sus correligionarios. Pero la verdad es, y a pesar de los muchos cronistas reaccionarios que ha tenido la fiesta, que el Sombrero, buen torero, sin duda, hacía un toro demasiado anclado en los primitivos rondeños, por lo que no tuvo sucesores. La importancia de Juan León, discípulo de Curro Guillén, fue mayor, porque sus enseñanzas y estilo tuvieron futuro cauce en Paquiro y engranaron, por tanto, en el proceso evolutivo del toro.

Fue esta una época confusa. Los toreros adquirieron mala fama entre la gente de arriba, y muchos de los diestros que combatieron a caballo en Bailén, dice la leyenda que terminaron en las partidas de bandoleros que asolaron Andalucía durante todo el siglo. De el Sombrero y su hermano Luis quedó poca memoria. Enconado el público con ellos, se tuvieron que retirar pronto. Pero es que ya el nuevo público mandaba en las plazas.

■ J. C. A.

NOTAS

(1) No es caprichoso que Cataluña no alcance notoriedad en la fundación de las corridas de toros. El taurinismo catalán dejó de ser prácticamente hace muchos siglos, cuando el toro salvaje desapareció de sus campos —secularmente agrícolas—. Queda tan solo la anécdota de Eulogio, obispo de Barcelona, severamente reprendido por el Papa a causa de su desmedida afición a la lidia... en tiempos de la España visigoda. La afición en Cataluña —sobre todo, en Barcelona— alcanzó grandes proporciones durante la segunda mitad del siglo pasado y las primeras décadas del actual. Se podría hablar de una cierta hegemonía de la plaza de Barcelona sobre el resto del país a partir de la mutación de la corrida rural en espectáculo urbano. Sin embargo, en los últimos años, a pesar de ofrecer los mejores carteles de toda la geografía taurina, Barcelona es fundamentalmente una plaza turística. La sociedad catalana, en plena fase afirmativa de su catalanidad, estima —no sé si erróneamente— la corrida como algo ajeno, perteneciente al ritual mestizo o al folklore del Sur.

El absentismo gallego es la excepción más rotunda que se conoce, y subraya la incommuniación entre las distintas regiones españolas, propia de un país enrevesadamente montañoso y sedentariamente agrícola. No es extraño que los gallegos se taurinicen en las colonias de ultramar. El océano ha sido para ellos, desde antiguo, su mejor medio de comunicación.

(2) Ese es el primitivo toro, auténtico, popular, no convertido en espectáculo, que se puede ver en los mozos de Pamplona por San Fermín... cuando lo permiten las multitudinarias huestes de Hemingway.

(3) Cuando la corrida rural se transforma en un festejo propio de la ciudad, cambian no sólo la trama de la lidia y la técnica de sus intérpretes, sino las estructuras económicas que sustentan el espectáculo. Este cambio se produce en pleno siglo XX, pues el sistema capitalista, propio de una sociedad moderna, no se inicia en los toros —ni en cualquier otro campo— hasta después de la muerte de Joselito, último gran torero del siglo XIX. El empresario-funcionario de la entidad propietaria de la plaza, artesano del negocio, aficionado y siempre atento a los intereses de la afición local, desaparece con la llegada de los grandes «trusts», que hoy día monopolizan las plazas de toros.

PROXIMO NUMERO:

Historia política de las corridas de toros

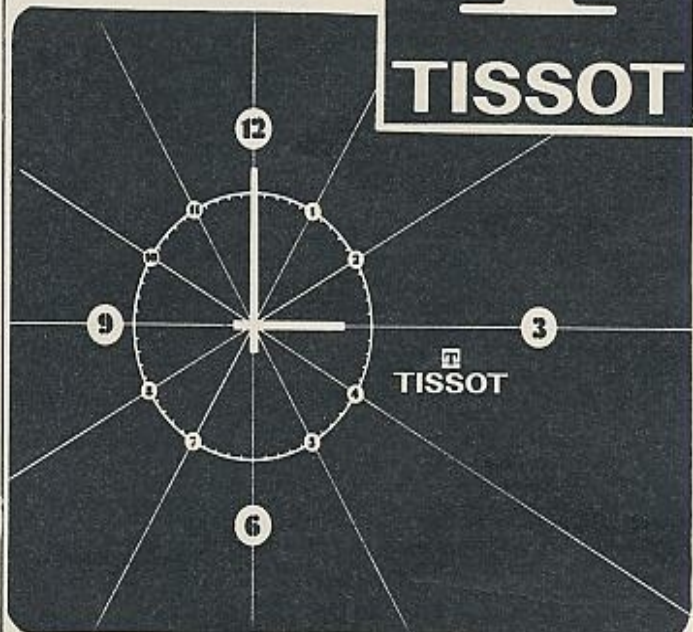
(y 2)

PAQUIRO O DE LAS CORRIDAS DE TOROS

(LA CORRIDA, DEL CAMPO A LA CIUDAD)

El joven y deportivo TISSOT a T. V. E.

donde ya actúa a las horas de mayor audiencia y siempre con su precisión implacable. Una música nueva, joven y moderna sirve de fondo a sus "noticias horarias"



TISSOT - PR 516 G. L.
Ref. 46672 - Cab.

Automático, calendario, semanal, impermeable. Brazalete de acero integrado. 5.550 Pts.



TISSOT - PR 516 G. L.
Ref. 38672 - Sra.

Automático, calendario, impermeable. Brazalete de acero integrado. 5.750 Pts.

TISSOT
auténticamente Suizo

